para qué sirven los estadios

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

● El espléndido reportaje gráfico de Alexis Grivas, publicado por rr la semana pasada, nos trajo la imagen visual de los prisioneros de la junta militar en un estadio de Santiago.

El estadio como prisión. Es algo más que un símbolo. Es una muestra de que esa clase de recintos puede explicitar de ese modo su carácter de instrumento de la dominación. Disfrazados de "catedrales del deporte", como no falta quien les llame, los estadios sirven una función despolitizadora, que sólo beneficia a los sectores privilegiados.

El deporte-espectáculo para masas, singularmente el futbol en nuestros países, es un excelente sustituto para la actividad política. No en balde florece en España y en Brasil. No en balde se le auspicia tanto en México. En países donde la democracia es sólo fórmula de papel, o poco menos, los plebiscitos se realizan en los estadios.

Puede no ser así. La actividad deportiva, cuando se practica en equipo, es ocasión para manifestar valores comunitarios eminentes. La solidaridad, el trabajo hacia objetivos comunes, la constancia en el ejercicio, son metas cuya consecusión es propia del deporte. En tanto que espectáculo, constituye una diversión, un modo de que el espíritu se esparza, así sea con manifestaciones de violencia latente, pues todo enfrentamiento deportivo encierra un modo más o menos disimulado de guerra.

Pero, al contrario, se pone énfasis no en los aspectos positivos del deporte-espectáculo, sino en sus evidencias negativas. Aunque haya sido una forma esquemática de presentar un problema complejo y profundo, cabe pensar inmediatamente en "la guerra del futbol", entre Honduras y El Salvador, para comprender cómo las equivocadas pasiones deportivas conducen a formas de agresividad entre grupos y naciones.

Asimismo, se subraya el carácter de diversión, de distracción, en el sentido original de ambos términos, que se confiere a los deportes para masas. En efecto: distraido de sus problemas fundamentales, relevantes, inmediatos; divertido hacia caminos donde los problemas se resuelven ficticiamente: el triunfo del equipo favorito gratifica personalmente, lleva a considerar al nuestro como un gran país si su selección nacional vence a la de otro suelo, el público ratifica su carácter de objeto de la política, a la que convierte también en un espectáculo, al que asiste, pero en el que no participa.

Para eso sirven los estadios. No sólo como prisiones evidentes, símbolo del modo sañudo en que los militares golpistas piensan "reconstruir" la República chilena. También son prisiones intangibles cuando, repletos de espectadores, propician el olvido de las funciones básicas del hombre en comunidad. ■

LO QUE HIZO A

PARA
EL CAMINO

Por FRANCIS



Foto de Alexis Grivas

La vía fue brutalmente cort
El experimento acabó. Chil
es más el escenario de un
ceso revolucionario insólito
se inició en las urnas electorales el 5 de septi
bre de 1970 y que se mantuvo y desarrolló e
marco legal de una democracia burguesa, h
que los defensores de ésta le pusieron fin
modelo chileno de cambio pacífico hacia el so
lismo yace hoy bajo las botas de los militares.

"Las fuerzas armadas chilenas —decía Sa
dor Allende el 25 de marzo de 1970—, so
garantía de este proceso. ¿Qué son las fue
armadas?: son el pueblo con uniforme".

No. Los militares de Chile no eran la ex
ción. Su profesionalismo, su apego a la Cons
ción —tantas y tantas veces ponderado por A
de—, terminaron el 11 de septiembre de 1973 j
con la vida del primer marxista que lleg
poder por la vía electoral.

En 34 meses, el gobierno de Unidad Pop
llevó adelante su programa de transformaci
paulatinas, tácticas, tendientes a abrir la bre
hacia el socialismo —que no a edificarlo y
cuya consecución plantea ahora una problem
ca bien distinta: la vía fue cortada; per
proceso, ¿fue detenido?, ¿fue modificado s